

Póker

Saúl Piemontesi



Image not found.

Capítulo 1

Póker

Claro que el Rey de Diamantes había tenido mejores años. Aquellos que lo conocían, que no eran pocos, lo recordaban más aseado, sonriente y vivaz, aunque siempre con bajo perfil. No era popular pero sí respetado, no conversaba demasiado (de hecho no hablaba más de lo necesario) pero era amable y correcto. Mantenía la cordura que su placa, su arma y sus veinte años usándolas amenazaban con quitarle todos los días. Era animal de costumbres y hábitos sanos. Podía ser duro, tenaz y hasta violento si las circunstancias lo requerían, pero sólo como último recurso y jamás fuera del trabajo. Vivía solo pero le sobraba compañía por la que pagaba muy bien. Quizás fuera eso lo único que se escapara al control de su conciencia metódica y ordenada. Eso, claro está, hasta la época en la que conoció el whisky y a la Reina de Corazones. Primero vino ella, luego el licor.

Hasta la llegada de la Reina de Corazones a su vida, no existía en filas de La Ley soldado más valioso y confiable que el Rey de Diamantes, lo cual no era mucho decir en una ciudad plagada de delincuentes y corruptos vestidos de azul o de traje y corbata, pero sí suficiente. Siempre había sido así y quizás siempre lo sería, pero a él no le importaba: limpiaba lo que podía limpiar y sobrevivía a lo demás, sin meterse con nadie que no lo hiciera con él. Era inflexible y decidido, es verdad, y nadie podía superarlo en fuerza y energía cuando lo embargaba la emoción de un caso difícil o se encontraba de frente con la escoria que había jurado combatir. Era el mejor detective y lo sabía, como así también conocía los límites de su trabajo y con quién podía contar y con quién no: su instinto de supervivencia lo hacía desconfiar, básicamente, de todos, con pocas excepciones: Tenía un amigo, el Jack de Tréboles, quien no se llevaba bien con el azul y un hermano al que no veía desde hacía tanto tiempo que ya casi ni le importaba. Trabajaba solo y se sentía cómodo en los barrios bajos, lejos del centro y cerca de las calles angostas y llenas de basura. Prefería el cielo negro y caminar bajo las luces tenues de los faroles.

El Rey de Diamantes tomaba café por la mañana, por la tarde y por la noche. No veía televisión y leía siempre que tenía tiempo libre; la última novela en la que se interesara llevaba diez meses sobre su mesa de luz. No tenía más que dos preocupaciones: terminar el día en una pieza y llegar a ahorrar lo suficiente para irse de esa ciudad cuando se jubilara y nunca más volver. Tenía todo planeado por los siguientes veinticinco años y estaba bien. Eso, claro está, hasta la época en la que conoció el whisky y a la Reina de Corazones. ¿Cuándo ocurrió? Claro, el día del golpe a la maderera.

Capítulo 2

Primera mano

I.

Llovía ese sábado de diciembre cuando el Rey de Diamantes conoció a una pesadilla vestida de mujer. Eran las nueve de la noche y estaba agazapado, pistola en mano, sobretodo empapado y zapatos llenos de barro, junto a la cerca que bordeaba los terrenos de la enorme y única empresa maderera de la ciudad, propiedad del hombre más peligroso que pudiera conocerse: el As de Diamantes. Llevaba tres años investigando a un grupo de narcotraficantes que, si sus pesquisas lo habían llevado por el camino correcto, estaría en ese momento reunido en pleno en el galpón central empacando una carga de cocaína suficiente para hacer nevar adicción sobre toda la ciudad. Si lograban detenerlos, el Rey de Diamantes y su pequeño escuadrón de hombres seleccionados por él se volverían una leyenda, lo cual sería tan satisfactorio como peligroso. El plan de retiro del detective estaba en riesgo pero valía la pena. Después de todo, su trabajo era una de sus dos pasiones. Su otra pasión, las mujeres, se vería completa e irremediabilmente limitada a una sola de ellas esa misma noche, luego de que el procedimiento policial resultara un éxito a medias.

Cerca de las diez dio la orden de avanzar sobre el galpón. El despliegue policial, por más prolijo y estudiado, no fue suficiente para aprehender al numeroso grupo que según pareciera fuera alertado a último momento del procedimiento (quizás desde la misma fuerza) y se esfumó del lugar dejando detrás la mercancía, unos siete millones de dólares en polvo blanco, monto que representó el golpe más duro contra cualquier organización criminal de esa pequeña parte del mundo pero que dejó al Rey de Diamantes con sabor agridulce. Tamaña decepción fue seguida de los procedimientos de rutina para incautar la droga y montar un cerrojo para intentar dar con los fugitivos. A las dos de la mañana los esfuerzos fueron declarados infructuosos y media hora después un agotado y malhumorado detective de chorreante sobretodo (seguía lloviendo) se sentaba a la barra del Póker Bar y pedía una cerveza negra.

En un rincón oscuro del bar había un sillón verde rodeando una esquina y frente al sillón, una mesa cuadrada y negra. Sobre la mesa, una copa casi vacía ocupaba el centro de un pequeño círculo de luz enviado por una lámpara ociosa y cercana a la muerte. Sobre el sillón y donde no llegaba la claridad, estaba sentada la Reina de Corazones.

La mujer hizo una seña leve y convenida al barman, quien le avisó al policía que la cerveza estaba paga y lo invitó a sentarse con la dama. El Rey de Diamantes dudó, miró al sillón y sólo distinguió el perfil de unas piernas de mujer delgadas, blancas y delicadas, de las que él

prefería. No muy convencido ni de buen humor tomó el lugar que se le ofrecía del otro lado de la mesa. Desde allí pudo ver a su anfitriona: sería un momento que nunca iba a olvidar, ese instante en que el mundo dejó de ser propio para ser el de ella. Tenía enfrente la aparición de una mujer imposible, una belleza de cabello largo y despeinado y ojos verdes. Debió notarse el asombro en el rostro del hombre, porque el demonio sonrió divertido y eso completó el tormento. Su vestido rojo, alegre y elegante contrastaba con el ambiente melancólico y oscuro de alrededor. Con mucha tranquilidad y cadencia en su hablar la Reina de Corazones le explicó el motivo de su visita: había estado al tanto del procedimiento que harían en la maderera y se había interesado en su forma de actuar y conducir el caso. Sí, ella sabía cuándo y cómo lo iban a hacer porque tenía contactos dentro de la fuerza y no, no fue su culpa cómo había terminado porque de haberlo querido podría haber desbaratado todo con una llamada telefónica algunos días antes. Sí, estaba sentada esa noche con él porque tenía un trato que ofrecerle y no, claro que no, esa conversación no estaba ocurriendo.

Más allá de la innegable atracción que la mujer lograba sobre su invitado, éste mantuvo la compostura y quiso saber de qué trataba el asunto, mientras observaba de reojo a los dos hombres que no intentaban disimular estar pendientes de sus movimientos y que en ese momento compartían la mesa contigua. Primero tendría que decirle quién era, luego el resto. Si no, no estaba interesado.

La Dama de Corazones sólo dijo ser una mujer con intereses particulares que tendían a destruir la red de comercio, el capital y la vida del As de Diamantes. ¿Por qué? No era asunto de él. Ella sola no podría, pero entre los dos era posible. Ella lograría su objetivo y él la fama, el reconocimiento y el ascenso que cualquier policía podía desear. ¿Lo dudaba aun? Muy bien, también habría una importante suma de dinero en su mano cuando todo estuviera concluido. Doscientos mil dólares. Incluso podía tener la mitad antes.

Era una buena oferta, pensó el Rey de Diamantes. Se frotó el tatuaje en forma de rombo que tenía en el costado izquierdo del cuello como cada vez que se ponía nervioso y acabó la cerveza. Lo pensaría. Muy bien, dijo ella, pero no había mucho tiempo, conocía al As de Diamantes y tardaría poco en atacarlo; podía mantenerlo a salvo pero sólo si cerraban trato. ¿Cuánto tiempo? Veinticuatro horas. Era poco. No, detective, era demasiado. Mismo lugar la noche siguiente, misma hora, el bar estaría abierto para ellos. Imposible que fuera solo, no la conocía y no confiaba en ella. Perfecto, que fuera con quien quisiera, ella iría con sus dos guardaespaldas pero no tenía de qué preocuparse, quería trabajar con él, no contra él. Igual él haría averiguaciones. Entiendo, detective, no me conoce, pero aprenderá a confiar en mí. Eso lo decido yo, señorita. Ella sonrió ante esa palabra e iluminó el rincón, la mesa, el bar completo, al hombre y a su pasado y oscureció su futuro. Hasta mañana entonces,

detective. Quizás...buenas noches, señorita. Buenas noches, detective. Ande con cuidado y mire sobre su hombro.

II.

El Rey de Diamantes llegó a su casa y tomó una ducha. Llamó al Jack de Tréboles y se aseguró de que estuviera disponible la noche siguiente y, en lo posible, algún amigo suyo también. Confiaba más en él que en sus compañeros de la fuerza. Si fuera necesario, lo llamaría nuevamente por la tarde. Luego se recostó con mil ideas rondando su cabeza y a pesar de su cansancio le costó dormirse pero una vez que lo logró lo hizo tan profundamente que por primera vez en veinte años se despertó cerca del mediodía. Suerte que no había trabajo de oficina esa mañana.

Capítulo 3

Primera apuesta

I.

El día siguiente el As de Diamantes ordenó a su mano derecha, el Jack de Corazones, llamar a los Reyes de Picas para encargarse del Rey de Diamantes. El Jack de Corazones quedó petrificado por el asombro y eso que no era hombre fácilmente impresionable ¿Tan importante podía ser un solo policía para que se enviara en su búsqueda a los más efectivos, sanguinarios, crueles, escurridizos y costosos asesinos?

El jefe mafioso, sentado en su sillón preferido (De mando, le llamaba él) de espaldas al gran ventanal de su oficina gigante y bien amueblada, vestido con su eterno traje blanco (como su piel) y el enorme pañuelo rojo que le cubría el cuello y parte de su exuberante abdomen, le explicó a su mano derecha que los Reyes de Picas sabrían hacer el trabajo lo suficientemente cruento como para dar un mensaje claro y contundente con respecto a meterse en sus negocios. Eso le traería años de tranquilidad, algo que no tenía precio, por lo que pagaría lo que fuera. Tenía controlada a la ciudad y se había sacado de encima a sus enemigos de a poco. No iba a dejar que un solo policía con ínfulas de súper justiciero se volviera una piedra en su gran zapato. Había bajado la guardia, pero no volvería a ocurrir. Además no creía que el detective de narcóticos, de quien tuviera por referencia ser alguien aplicado, insobornable y de brillante carrera, fuera tan descuidado como para intentar semejante golpe sin tomar precauciones. Enviaría a los mejores. La Reina de Picas idearía la mejor forma de asustar a cualquier insolente y su esposo el Rey se encargaría de llevarla a cabo, como siempre. Igualmente había dos cosas que en ese momento el As de Diamantes no sabía: por un lado, que el Rey de Diamantes no había sido tan precavido porque no tenía una exacta noción del alcance del brazo de quien ahora se declarara su enemigo. Por otro lado, el policía había conseguido sin quererlo una aliada muy poderosa.

Además de mandar a contratar a la pareja de asesinos, el As de Diamantes dio instrucciones para hacer correr la información de que la cabeza del detective tenía precio, lo cual pondría a muchas personas de la ciudad con pocos escrúpulos tras su búsqueda. Así consideraba resuelto el asunto y pasaba al siguiente tema del día: descubrir la falla en su organización que le había costado todo un cargamento de droga que luego de la toma de evidencia de rutina ya había sido quemado, el reclamo de sus principales compradores y millones de dólares irrecuperables. Debía haber alguien que desde adentro filtraba información: no podía ser de otro modo, habían sido siempre muy cuidadosos. Si de algo se podrían culpar es de haber usado el galpón de la fábrica. Le costaría otra importante

suma de dinero alejar a la policía y a la prensa de su casa. Por suerte el dinero no era problema, pero a partir de ahora deberían extremar precauciones. No había nadie más confiable para el As de Diamantes como el Jack de Corazones, y también le encargó comenzar una pesquisa interna para descubrir al soplón.

II.

En la esquina noroeste del parque central, junto a un árbol enorme y centenario, en uno de los cuidados bancos que bordeaban un camino de grava y con actitud casual conversaban en voz baja el Jack de Corazones y la Reina de Picas. El primero le hablaba acerca del trabajo que necesitaba ser realizado a la brevedad y la mujer sonreía y asentía levemente cada tanto. Una vez cerrado el trato por una alta suma de dinero y acordados algunos detalles, la Reina de Picas dejó el parque en un auto negro que la esperaba a pocos metros. El Jack de Corazones aguardó cinco minutos antes de irse. En el camino hacia su próximo destino se reportó telefónicamente a su empleador: Está en marcha, dijo, será en cuatro días.

III.

Mientras la inminente y temprana muerte de un hombre se acordaba fríamente en un banco de plaza, el Jack de Tréboles llamaba a la puerta de una sencilla casa de un barrio humilde y peligroso del oeste de la ciudad, donde se movía como pez en el agua; había nacido y crecido literalmente en medio de gritos, corridas y balaceras y aprendido a defender con uñas y dientes la cultura que se suponía venía con su piel oscura y a hablar el lenguaje vulgar de la calle antes que a decir mamá. Pasó su infancia en una casa precaria, fría y llena de basura junto a una madre enferma que murió poco tiempo después de su décimo cumpleaños, legándole nada más que el endeble techo que lo albergaba, una colección vieja e inútil de estampillas que habían pertenecido alguna vez al padre que nunca conoció y un grave caso de asma. En su orfandad fue acogido por cuatro familias diferentes con quienes nunca fraternizó y luego vivió en un albergue del estado hasta cumplir la mayoría de edad. Tanto para él, que odiaba ese lugar, como para aquellos que estaban a cargo de su cuidado, el alivio fue grande: el muchacho no tenía un comportamiento ejemplar. Viviendo nuevamente en su casa un solo pensamiento ocupaba su cabeza todo el día: sobrevivir. Sin aparentemente ninguna cualidad o habilidad sobresaliente que le permitiera encontrar trabajo y sin haber terminado estudios secundarios, el Jack de Tréboles rápidamente encontró la respuesta a sus necesidades actuando fuera de la ley. Su vida lo había hecho duro, enfrentado a cualquier autoridad y hábil para negociar y conseguir sus propósitos. Esto lo dejó en poco tiempo al frente de un pequeño pero peligroso grupo de maleantes llamado "los cuervos" que se dedicaba casi exclusivamente a atracos a grandes empresas. Durante años pudo borrar cualquier rastro

que pudiera incriminarlo o a su gente con una habilidad asombrosa, hasta que se encargó de seguirle la pista el Rey de Diamantes. A él no se le escapó, pero el detective necesitaba crecer en la fuerza en ese entonces y por única y última vez en su vida hizo la ley flexible y dejó al maleante en libertad a cambio de recibir su ayuda cuando fuera necesario. Este pacto pronto se transformó en un vínculo diferente: el Jack de Tréboles encontró en el policía un posible aliado también, lo que le permitía mantenerse lejos de las rejas siempre y cuando ningún daño colateral ocurriera durante uno de sus "trabajos". Ambos ganaban y se volvían más importantes cada uno en su ambiente. Esta relación de negocios había durado muchos años hasta que se volvió, curiosamente, una distante, tácita y particular amistad. Por todo esto el Rey no dudó en hacer el llamado que le aseguraba protección la noche en que debía volver al Póker Bar a reunirse con cierta misteriosa (y a las claras peligrosa) mujer.

El Jack de Picas, segundo al mando de los Cuervos, recibió a su jefe y fue notificado de la tarea a realizar esa noche. Serían cuatro en total los acompañantes del policía y el mandamás se aseguraría que todos recibieran un buen pago por su trabajo. Picas era diferente a su superior, odiaba a los policías y jamás haría un pacto con ninguno de ellos, pero su lealtad era férrea y tampoco sería capaz de oponerse a la voluntad de quien comandara la organización. Además era consciente de que si tenía libertad de movimiento era gracias a él. Por eso sin dudarlo fue en búsqueda de dos nuevos integrantes de la banda, ávidos de comenzar a demostrar sus capacidades. El grupo se encontró con el detective esa noche a las diez en punto en uno de los departamentos que los buenos muchachos poseían cerca del centro de la ciudad. Casi a la medianoche el Jack de Tréboles y el Rey de Corazones fueron al bar seguidos de cerca por los demás, quienes se quedaron custodiando las esquinas mientras el policía y su jefe eran introducidos al lugar por uno de los dos guardias de la Reina de Corazones. El otro los acompañó hacia la misma mesa de la noche anterior, donde la Reina aguardaba tranquilamente con una copa en la mano.

Una hora y algunas cervezas más tarde una alianza imposible se había formado para derrocar al As de Diamantes quien, a decir verdad, no tenía noción de lo que estaba ocurriendo. Fuera del bar el detective entregó un sobre largo y grueso al Jack de Tréboles, encargándole la segunda parte de su tarea: averiguar lo que pudiera de esa mujer con lo poco que sabían de ella (ciertamente se había encargado de mantenerse en las sombras y no dar ningún dato relevante con respecto a su vida). Si terminamos el trabajo vas a estar limpio, le dijo, y te daré un dinero extra para que te cambies el peinado. Tu cabeza parece un trébol. El muchacho sonrió. Al mismo tiempo, dentro del bar, la Reina de Corazones terminaba su trago y sonreía también.

IV.

El As de Diamantes apostaba a sacarse de encima a quien en este momento tenía como más peligroso enemigo. Parte de la motivación era la precaución, parte, la venganza.

El Rey de Diamantes apostaba a encerrar al As de Diamantes y obtener un ascenso. Parte de la motivación era el cumplimiento del deber, parte, el orgullo.

Los Reyes de Picas apostaban a cumplir con un trabajo más y seguir siendo los mejores. Parte de la motivación era el dinero, parte, el sadismo.

El Jack de Tréboles apostaba por cumplir con el pedido del policía y limpiar su prontuario. Parte de la motivación era la aventura, parte, el prestigio.

La Reina de Corazones apostaba por acabar con el As de Diamantes en todos los sentidos posibles de la frase. Sus motivaciones, ocultas.

Aun faltaban en la historia algunas figuras importantes.

Capítulo 4

Encarte

I.

El Rey de Diamantes necesitaba descansar y relajarse. Casi siempre esto significaba una visita a La Casa Rosa, el burdel más importante, famoso, grande, antiguo y mejor provisto de todo el país, propiedad de la Reina de Tréboles, mujer madura con olor a pintura rancia y modales falsos y mal estudiados que tenía bajo sus órdenes a las mejores chicas de ése y otros estados. Todo lo desprolijo y patético de su figura contrastaba con la delicadeza, belleza y salvaje atracción de sus empleadas. Quizás era el único punto débil del policía, pero aún así no era algo de lo que no pudiera prescindir. El lugar, además de guardar el tesoro de su pasión, era por demás agradable: piso alfombrado, pocos muebles y espejos limpios, cuadros de tonos suaves, música baja, luces tenues, una barra bien provista, silencio en el lobby y gritos apagados en los pasillos de las habitaciones. Bienvenido, Rey, dijo la madama cuando lo vio ingresar. Te estábamos extrañando. No digas nada, se te ve cansado. Ve a la habitación 21 y espera a Milena. El champán es cortesía de la casa.

Milena... una joya de mujer que merecía cualquier espacio en el mundo menos el de un prostíbulo. Nunca entendería por qué no se iba de ese lugar, pero el Rey de Diamantes solía soñar con llevársela lejos de allí, donde fuera y como fuera, más no sea para saber que le daba la posibilidad de otra vida, aunque jamás se lo diría.

Como todas las noches en que ponía pie en el burdel, el Rey de Diamantes esperaba salir un par de horas después con la mente más limpia y el cuerpo cansado, lo que le permitiría dormir. Luego de la reunión del domingo, había dedicado dieciocho horas del lunes a seguir la vaga pista que su nueva aliada le había dado con respecto al siguiente cargamento, sin obtener resultados. Solamente sabía que el ingreso de la mercancía a la ciudad se daría dentro de veintinueve días y que el As de Diamantes supervisaría la operación personalmente. Era muy poco, casi nada, para trabajar. El martes no había resultado fructífero tampoco, salvo por los reportes que comenzaban a llegar de los primeros movimientos de los lugartenientes del As de Diamantes (todos conocidos y hasta ahora todos intocables), pero se estaban cuidando mucho esta vez y no había nada extraño.

Esa noche no encontró paz en el burdel, fue todo muy distinto. Tanto que nunca pudo regresar.

II.

El Jack de picas vendía excelentes imitaciones de relojes de marcas famosas y caras en el inmenso Parque del Centenario, frente al edificio de gobierno de la ciudad. Era un trabajo muy fructífero y que llevaba realizando durante algunos años cuando ocurrió lo de La Casa Rosa. Una calurosa tarde de martes había vendido la poco común suma de doce relojes "de oro" y asegurado ya el ingreso de toda una semana de trabajo. En las primeras horas de la noche se instaló en un bar del centro y luego de vaciar tres enormes jarros de cerveza y de dejar una generosa propina recorrió con paso lento las quince cuadras que lo separaban del burdel de la Reina de Tréboles. No fue muy bien recibido porque apestaba a sudor y cerveza, pero el lugar estaba preparado para esos casos y el Jack fue invitado a pasar rápidamente a la habitación 26 e intimado a bañarse antes de recibir cualquier servicio. Claro que sí, señora, dijo el muchacho. Pero permítame decirle con mucho respeto que cualquiera de mis olores es mejor que esa porquería de perfume que tiene puesto. Tomó el pasillo central riendo y haciendo girar el llavero de cuero con una sola llave en su dedo. Las primeras diez habitaciones estaban en la planta baja. Subiendo la escalera del fondo se accedía al primer piso y a las siguientes dieciocho. Al fondo a la derecha estaba la suya. Se sentía un poco mareado por la cerveza y hasta algo adormilado, pero cuando pasó junto a la puerta entreabierta de la habitación 21 y vio a la mujer con el cuchillo en la mano se espabiló en un segundo.

III.

El Rey de Diamantes estaba cansado, se sentía sucio y la cabeza le daba vueltas en un torbellino de ideas. Pensó que el agua tibia limpiaría todo y fue a llenar la bañera. Dejó la puerta del baño abierta para escuchar cuando viniera su amante y comenzó a desvestirse. En el hall del burdel, mientras tanto, la Reina de Tréboles le daba instrucciones a una muchacha de ojos negros y piel suave y bronceada para que le dispensara al detective un trato especial. La chica se dirigió hacia la escalera del fondo envuelta en una bata de seda verde unos segundos antes de que el Jack de Picas entrara en escena.

El policía se metió en la bañera incluso antes de que estuviera llena y recostó la cabeza sobre un par de toallas. Cerró los ojos y casi en el acto se quedó dormido. Milena abrió la puerta de la habitación y se asomó lentamente. No vio a nadie allí y supo que debía buscar en el baño; sacó un cuchillo de entre los pliegues de la bata y cerró la puerta a su espalda. La cerradura no estaba bien y la puerta se abrió lentamente sin hacer ruido mientras la muchacha avanzaba con mucho cuidado y pasos silenciosos de sus pies descalzos sobre la alfombra. La puerta se abrió lo suficiente como para que el Jack de Picas viera a la mujer y para que el

Rey salvara su vida.

Picas abrió la puerta, saltó hacia Milena, le sujetó y retorció el brazo derecho hasta que dejó caer el cuchillo y la hizo caer con una limpia barrida de su pie izquierdo, todo en una serie de precisos movimientos. Una vez la tuvo en el suelo se arrodilló a su lado y le tapó la boca con una mano provocando un grito ahogado, de los que no eran poco comunes en ese lugar. Cerró la puerta de un golpe con el pie y levantó la vista cuando escuchó que alguien salía bruscamente de la bañera. La muchacha en el piso lloraba y se quejaba por el dolor en su brazo retorcido al que Picas no dejaba de aplicar presión. El Rey de Diamantes apareció mojado y en la habitación y sin siquiera pensarlo se abalanzó contra el hombre. Fue neutralizado de forma increíblemente sencilla y dolorosa por un puño que cruzó el aire de abajo hacia arriba con una velocidad y precisión contundentes. Cayó de espaldas y no golpeó con su cabeza en la mesa de luz por unos pocos centímetros. Recuperándose de a poco y esforzándose por no perder la conciencia, escuchó en la lejanía la explicación de su agresor con respecto a lo que estaba pasando. Dos minutos después, sentado en el borde de la cama, envuelta su cintura en una toalla y frotándose la barbilla que ya mostraba la marca del golpe, obtenía la confesión de la muchacha que hablaba desde el piso entre lágrimas y le juraba que no le quedaba otra opción. La orden había venido de su jefa y si no la cumplía la pasaría mal. ¿Por qué querían matarlo? Había una recompensa de por medio, mucho dinero. *El As de Diamantes*, pensó el policía; *esto se pone interesante y peligroso*. Luego dijo lo más lógico: tenemos que salir de aquí.

Decidieron amordazar y llevarse a la chica y salieron disparados de la habitación sin detenerse a pensar. Simplemente bajaron la escalera y corrieron hacia afuera. El Jack de Picas se mostró nuevamente muy útil derribando al guardia que encontraron a la vuelta de un corredor. El policía hizo lo mismo con el segundo que salió a su encuentro, antes de que éste tuviera tiempo de sacar su arma (todo el mundo estaba armado en esa ciudad, al parecer). La vieja dueña del lugar no se presentó a la fiesta. A una cuadra de allí encontraron el vehículo del policía y algunos minutos y un poco de discusión después los prófugos estaban a salvo en casa del vendedor de relojes. El Rey de Diamantes sabía que su departamento no era seguro y necesitaba tiempo para pensar. ¿Sería cierto que la Reina de Tréboles dio la orden del asesinato? ¿Cómo se zafaría ahora la mujer del problema que se había generado al fallar en su intento? Claro, negaría todo y saldría fácilmente limpia gracias a que muchos de los más altos jefes de la fuerza concurrían a su local periódicamente. Debía tener pruebas suficientes para arruinarle la vida a la mitad de los policías de la ciudad. ¿Qué tanta protección podía obtener él? ¿En quién podía confiar? ¿Cuántas personas estarían tras su pista?...

El policía no era, igualmente, el único preocupado. El Jack de Picas aparentemente había cambiado un perfecto día de dinero y alegría

por una aventura suicida que no le pertenecía y tenía en su casa a una prostituta asesina. Si te vieron, dijo el Rey, te buscarán también. Hasta que entienda bien lo que pasa y pueda resolverlo, debes mantenerte conmigo. Pensó en llamar a los dos únicos compañeros de la fuerza en quien sabía que podía confiar y contarles lo sucedido, pero luego prefirió esperar. Esa noche durmió como pudo.

Al día siguiente el Rey de Diamantes recibió el llamado de La Reina de Corazones (No recordaba haberle dado su número). Quería decirle que ya estaba al tanto de lo sucedido y que su domicilio estaría asegurado por su gente, así que no fuera a la policía por ayuda. Ella se encargaría también de la muchacha del burdel ¿Que cómo estaba al tanto de todo? No era importante. Debía dedicarse a investigar acerca del cargamento y olvidarse de seguirle los pasos a ella. No quedó muy tranquilo cuando cortó la comunicación; se sentía como una mosca en una telaraña ¿En qué momento llegaría el monstruo a alimentarse?

IV.

El As de Tréboles arregló el nudo de su corbata bordó, planchó el traje gris claro con sus manos pulcras y ensayó una sonrisa amable y complaciente ante el espejo de su oficina. En ese momento golpearon suavemente a la puerta y antes de que respondiera, su secretaria ingresó con una carpeta de tapas blandas y le preguntó si querría repasar su discurso. No era necesario, lo tenía memorizado desde hacía siete días. Sí le vendría bien una taza de café. Cuando la muchacha dejó el despacho el alcalde se acercó a los grandes ventanales que le permitían desde ese décimo piso una de las mejores vistas de la ciudad y cruzó sus manos detrás de la espalda. Durante algunos minutos permaneció inmóvil con la mirada fija en un punto lejano. No captó en detalle el cielo gris, los edificios altos del centro comercial ni las casas de la periferia, los parques verdes oscurecidos por las nubes bajas ni el tráfico incesante de automóviles, colectivos y peatones. Toda la imagen era como un cuadro por el que estaba mirando a través, llegando a mucho más allá: podía ver con claridad una oficina de gobernador y una multitud que coreaba su nombre y agitaba banderas y pancartas saludando al vencedor de las próximas elecciones. En su visión del futuro cercano tenía dos secretarias en vez de una, un automóvil más lujoso a disposición y a cargo del estado, una pila de contratos muy beneficiosos (para su bolsillo) para el pueblo sobre el gran escritorio de roble y mucho, mucho más poder... en cuatro semanas sería electo gobernador y allí comenzaría la carrera que había deseado correr toda su vida, una que terminaba con un sueño mucho más hermoso en el que su sola firma podía decidir el futuro de un país.

Pero debía ir un paso a la vez porque aún no era gobernador y ciertamente no esperaba que ganar la elección fuera pan comido, pero se tenía mucha fe. Las últimas encuestas lo ponían al frente de la intención

de voto y después de todo era el alcalde de la capital. En los últimos años había logrado mantener el statu quo en la ciudad, a veces con acciones directas de gobierno y a veces acordando una endeble paz social con diferentes actores sociales. También había invertido mucho tiempo en otro tipo de acuerdos, de esos que no pueden salir a la luz: había acrecentado su patrimonio mediante contratos de servicios con amigos (el As de Diamantes, por ejemplo, a quien conocía desde hacía muchos años), potenciado su carrera por la gobernación mediante convenios de "colaboración mutua" con jefes sindicales (lo que básicamente significaba que mensualmente cobraran una importante suma de dinero para que los empleados de la ciudad, mal pagos, no reclamaran y se lograra una imagen de orden y progreso ficticia) y asegurado un legajo policial limpio con un trato similar con los jefes policiales (su pasado podía condenarlo, pero eso no saldría jamás a la luz). Todo ese trabajo tenía que dar réditos, suponía, pero enfrente había una gran rival.

V.

A doscientos veinte kilómetros al este del edificio de gobierno donde mandaba el As de Tréboles y mientras él se acomodaba la corbata previamente a dar uno de sus últimos discursos de campaña (y quizás el más importante), la alcaldesa de Ciudad Este, la urbe más grande en territorio y la más productiva de todo el estado realizaba una arenga a sus colaboradores más cercanos para asegurarse que nadie faltara a su deber de pelear hasta el último instante por la gobernación. Quedaban dos semanas de arduo trabajo proselitista y, si bien se sabía perdedora hasta el momento, aún tenía oportunidad de revertir la situación. La Reina de Diamantes había gobernado de forma muy diferente a su rival: con transparencia y austeridad, virtudes que no la habrían llevado muy lejos en la capital, donde la corrupción era la base misma del funcionamiento de la ciudad. Su imagen juvenil y pujante, que contrastaba con la seriedad y experiencia de su rival, en algunos ámbitos le jugaba a favor y en otros en contra. Estaba casada con un hombre sencillo, elegante, trabajador y joven como ella. Había puesto mucho empeño para demostrar capacidad de gestión y visión de futuro, pero carecía del carisma que sí tenía el As de Tréboles. Aún así tenía una imagen altamente positiva pero su rival gobernaba donde residía poco menos de la mitad de los votantes. Ciertamente había hecho todos los esfuerzos posibles y venía necesitando un pequeño golpe de suerte, una circunstancia inesperada, para inclinar las cosas a su favor. En esa reunión de motivación casi empresarial que llevaba a cabo con sus funcionarios en su propio domicilio no se animó a plantearlo de esa manera, pero por dentro sabía que lo que necesitaba era casi un milagro. Fue el Jack de Diamantes, un periodista de poca monta con grandes ambiciones quien obró ese milagro y, sin siquiera proponérselo, cambió para siempre la historia de la ciudad.

VI.

En realidad, la caída de los más poderosos habitantes de la capital se dio por obra y gracia de una increíble cadena de acontecimientos que comenzó lejos de allí con la ineptitud de un policía novato y terminó con un largo y espectacular escándalo que hizo historia.

El Jack de Diamantes quería entrevistar al jefe de policía de Ciudad Este. Estaba trabajando en un artículo sobre inseguridad y deseaba tener la palabra de primera mano del máximo exponente de la ley, algo que era tan probable como ser golpeado por un rayo tres veces en el mismo mes. El As de Picas, máximo responsable de la fuerza desde hacía siete años, jamás daba entrevistas, no recibía en su despacho a nadie que no fuera citado por él (Salvo el alcalde) y era inflexible al respecto; como nadie se atrevía a contradecirlo y el jefe se sentía todopoderoso dentro de la estación (lo cual era cierto) jamás cerraba su oficina con llave. Todo esto no lo sabía un pobre oficial novato que, en medio de un día agitado y por la presión constante del periodista, que no tenía por costumbre aceptar rápidamente un no, luego de mucho insistir condujo al Jack de Diamantes a la oficina del superior y lo hizo sentar en el despacho a esperarlo. Unos minutos después y debido a que el policía era por sobre todas las cosas una persona amable y atenta (mal futuro le esperaba como agente en esa ciudad), le acercó una taza de café casi frío y demasiado fuerte mientras esperaba al pez gordo. El jefe estaría llegando en cualquier momento. La habitación, amoblada con simpleza y sin elegancia, tenía un escritorio perpendicular a la pared del pasillo (que tenía también una gran ventana con persianas americanas cerradas), un armario que ocupaba la pared opuesta y una puerta junto al armario. El periodista observó esto sin curiosidad mientras buscaba en su portafolio la hoja con el cuestionario que tenía preparado. Esperó pocos minutos hasta que el As de Picas ingresó a la oficina y lo saludó con un sonoro ¡Qué quiere! como si fuera una orden y no una pregunta, mientras tiraba sobre el escritorio una carpeta amarilla hinchada con papeles y se sentaba dando un bufido. Sea breve, fue la siguiente frase amistosa. El jefe de policía era enorme; alto, gordo, robusto, grueso, pesado, inmenso, lo que se ocurriera decir. Su gesto ayudaba a sentir a su visitante muy pequeño e insignificante, pero el joven reportero no se iba a tirar atrás habiendo llegado hasta allí. Comenzó a balbucear la explicación sobre la entrevista que esperaba tener el gran honor de efectuar a tan importante ciudadano y bla, bla, bla cuando quiso tomar su taza de café del escritorio y la terminó volteando. El líquido llegó hasta el otro lado y cayó en la falda del mastodonte de saco y corbata. La furia en su mirada hizo estallar al periodista por dentro. El jefe se levantó, bramó un fuera de mi oficina que hizo temblar las paredes y se apresuró en quitar la carpeta amarilla antes de que el líquido la manchara, pero no pudo evitar que algunos documentos cayeran al suelo y se desparramaran debajo del escritorio y alrededor. El Jack de Diamantes vio una posibilidad de redimirse y en un segundo estuvo sobre sus rodillas juntando papeles. Fue entonces cuando sus ojos leyeron el

nombre de una persona muy cercana a él en un sobre blanco y sin pensarlo medio segundo (o habría cambiado de opinión) lo deslizó debajo de su portafolios y volteó éste para que lo cubriera por completo. Se disculpó torpemente ante el policía, que se había dedicado a juntar documentación del otro lado del escritorio, y le puso en las manos un manojo de papeles desordenados. Amagó con irse de la oficina y en la entrada se volvió mintiendo muy convincentemente que se estaba olvidando el maletín. Lo recogió del suelo junto con el sobre y lo tomó contra su cuerpo cubriendo todo. Abandonó el edificio con tanta celeridad que parecía necesitar un baño en vez de una entrevista. Subió a su automóvil y apenas arrancó abrió el sobre y comenzó a leer de reojo la hoja que encontró dentro (soy un demente, estoy muerto, pensaba). Lo que leyó lo impresionó tanto que su mente se nubló y casi cruza un semáforo en rojo. Apenas terminó de revisar todo, el frío que recorrió su cuerpo se pareció mucho a lo que él siempre pensó que sentiría si estuviera cayendo desde un décimo piso. Hizo una llamada telefónica - ¿Estás en la oficina? Bueno, ve a tu departamento. No me importa qué estés haciendo. No, no a tu casa. Dije a tu departamento. ¡Ahora! Te encuentro en diez minutos. Si tardas más puede que no volvamos a hablar nunca. En la intersección con la calle del Cementerio giró a la derecha y aceleró. Quince minutos después, bañado en transpiración y temblando como gelatina, el Jack de Diamantes golpeaba a la puerta del departamento céntrico de su prima la alcaldesa.

VII.

Con mucho asombro y creciente temor la Reina de Diamantes escuchó al periodista y leyó su propia sentencia de muerte en el material robado. En él se explicaba en detalle cómo la alcaldesa sería víctima de un asesinato en ocasión de robo. Todo ocurriría dentro de tres días desde este momento y el plan involucraba, entre otros, al propio jefe de policía. Siguió leyendo y encontró más nombres conocidos en la jugada, incluido quien parecía ser el impulsor y cerebro de la operación y principal beneficiario del suceso: el As de Tréboles, su rival en las elecciones. Todo tenía sentido: sin ella a la cabeza, sabía que su grupo político se derrumbaría en cuestión de horas. ¿Cuál era el plan? Según el documento, la mujer sería interceptada por la noche cuando estuviera por ingresar a su domicilio luego de participar de la reunión de gabinete de cada viernes. En el mismo lugar la matarían de un disparo y luego se llevarían su automóvil, que sería abandonado en las afueras de la ciudad. La investigación, claro está, no llegaría a ningún lado. Estaba en una encrucijada, quizás la peor de su vida: Debía actuar rápido pero ¿En quién confiar? Mientras ella debía resolver esto, el As de picas ya estaría al tanto del faltante, habría informado ya al alcalde de la capital y movilizado a su gente para recuperar lo perdido. La Reina tenía dos frentes de acción: asegurarse y a su primo protección y luego usar la situación en su beneficio, si esto fuera posible. Luego de mucho meditar y mientras el periodista se servía el tercer vaso de whisky y se recostaba, aun

transpirando, sobre un sillón, la alcaldesa llegó a la conclusión de que necesitaba tomar medidas desesperadas e hizo el llamado telefónico que se había jurado nunca haría. Con manos temblorosas y dedos pesados marcó el número de una de las pesadillas de su vida, pero que ahora podría ser la única solución: un nuevo actor en el escenario, el Rey de Corazones.

VIII.

Antes de ser una de las ciudadanas más respetables de la capital, la Reina de Diamantes era una adolescente huérfana, sin hogar y drogadicta que se prostituía para sostener una vida miserable. Entre los diecisiete y los veinte años fue "empleada" de un peligroso barón de la noche que se quedaba con casi todo el dinero que recibía de sus clientes. Vivía en un departamento desvencijado, sucio y con poca luz que compartía con tres muchachas de su edad y condiciones. Sin perspectivas de que nada bueno jamás le ocurriera, tres veces estuvo a punto de dejarse llevar hacia la sobredosis de heroína pero algo la detuvo. Cobardía, quizás. Esperanza, tal vez. Dos días después de su vigésimo cumpleaños su jefe, un famélico adorador del dinero que increíblemente no había sucumbido a un cáncer que le devoró un riñón y vivía dolorido y maldiciendo por lo bajo, le presentó a un anciano y gordo multimillonario magnate de la madera que la llevaría a pasear en su limusina y a conocer algunas de sus propiedades por un fin de semana completo. Servicio especial, tarifa especial. En su vida existió un antes y un después de ese fin de semana y por primera vez desde que tuviera uso de razón podría decir que había tenido un golpe de suerte y ivaya si fue uno grande!: no solamente que el lunes siguiente se encontró con una cantidad de dinero suficiente como para abandonar su trabajo, sino que pudo rehacer su vida de una forma impensada. El obeso millonario había vivido gran parte de sus setenta años estafando, robando, coimeando o simplemente mintiendo a cuanta persona, organización e institución se cruzara en su camino y logrado construir un imperio que lo volvía el principal proveedor de madera trabajada de este a oeste del país. Había tenido una vida llena de lujos y placeres pero ahora, con su salud deteriorada y sintiendo que vivía sus últimos años comenzó a ser atormentado por su conciencia, que por fin parecía haber despertado. Se dedicó a vender sus negocios y a utilizar ese dinero para la beneficencia. Sólo se quedó con algunos inmuebles y una maderera que legó a su hijo, tanto o más inescrupuloso que él: el As de Diamantes. Murió casi pobre no sin antes liberar de sus cadenas a la Reina de Diamantes. Ese fin de semana no le tocó un solo cabello, la llenó de regalos, le dio una suma de dinero igual a la que ella ganaba en diez años de trabajo, la trató como a una hija, le habló como si fuera un gran amigo, le entregó las llaves de uno de sus departamentos en el centro y le aconsejó que cambiara su vida, porque no muchos tenían la posibilidad de empezar de nuevo y a él le habría gustado hacerlo antes.

El resumen de la historia dice que la joven abandonó su "hogar" y se llevó con ella a sus compañeras, aunque al poco tiempo dejó de verlas y no supo más de ellas. Una serie de buenas decisiones la hizo cambiar su vida completamente y en algunos años, como por arte de magia, su pasado no era más que un mal recuerdo. Irónicamente necesitaba sumergirse en parte de ese pasado para asegurarse de tener un futuro. Por eso, y luego de convencerse de que no tenía opción, una tarde en que su primo le dijo que la querían matar, tomó el teléfono y marcó un número que dormía anotado en una vieja libreta.

IX.

El Rey de Corazones estaba durmiendo cuando el teléfono sonó en el living. Era media mañana y se había acostado hacía dos horas. Comenzar el día con resaca y sueño interrumpido lo ponía de muy mal humor (como a cualquiera) y cuando atendió el teléfono lo hizo saber. La conversación fue corta, incómoda. La mujer del otro lado de la línea le pedía ayuda y él se la negó dos veces antes de aceptar a cambio de una (muy) importante suma de dinero. Ella le pasó un nombre y una dirección. Él le dio sus propias instrucciones y luego de cortar la comunicación tomó una ducha, vació de un trago una lata de cerveza, se vistió con jeans, camisa suelta, zapatillas y una nueve milímetros y salió a cumplir con su encargo. Media hora después estacionaba su automóvil en la puerta de un café frente a una peluquería que lindaba con un callejón en el centro de la ciudad. Si la Reina de Diamantes cumplía con su parte del trato, en cualquier momento la mitad del dinero pactado estaría en una bolsa de residuos en el contenedor del fondo del pasaje. Entró en el bar, pidió una taza grande de café y se sentó enfrentando la vidriera que daba a la calle. Bebió con sorbos cortos y pausados. Apenas había vaciado la taza cuando vio bajar de un sedán rojo a un hombre joven (Calculó 40 años) que se apoyó en la pared de la peluquería, junto a la entrada del callejón, y aguardó allí hasta que la calle estuvo vacía. Abrió la puerta de atrás del vehículo, sacó una bolsa negra y la tiró en el contenedor y se marchó un momento después. El Rey de corazones pagó el café y puso manos a la obra. Le llevó cinco minutos buscar la bolsa, entrar a la peluquería por la puerta trasera, guardar su pequeño tesoro en lugar seguro y volver a su automóvil. Si todo salía bien estaría desocupado para el mediodía y por fin podría dormir.

X.

El Jack de Diamantes estaba tan nervioso que le costó acertar con su llave en el tambor de arranque del automóvil. La mano le temblaba y con cada nuevo intento el rombo colorado de su llavero se movía y tintineaba más hasta que tuvo que usar su otra mano para ayudarse. Se había arriesgado demasiado en hacer él mismo la entrega y más aun al estar usando su automóvil, pero su prima dependía de él en este momento. No podía confiar en nadie más. Pero al fin de cuentas, ¿En qué

situación se encontraba él? De seguro que no era mejor que la de la alcaldesa. Lo estarían buscando por toda la ciudad y no podía volver a su propio domicilio ni a las oficinas del periódico en el que trabajaba. Al mismo tiempo tenía que encontrar refugio rápidamente y desaparecer por algunos días. Tendría que dejar la ciudad. Según su punto de vista la situación podría resolverse de dos maneras: en el mejor final posible la alcaldesa salía ilesa, se daba a conocer el hecho, los conspiradores terminaban en la cárcel y él se volvía un héroe y el periodista más reconocido del lugar. El otro final incluía una reunión familiar con su prima en las puertas del cielo antes de que terminara la semana. La mujer no le había dado más detalles de cuáles serían sus pasos a seguir, pero le pidió que en tres días se reuniera con ella en la ciudad capital. Le haría llegar la hora y el lugar de alguna manera. Sí, definitivamente tenía que irse de Ciudad Este. Mientras seguía conduciendo sin destino fijo, revisó su billetera y contó doscientos veinte dólares además de su tarjeta de crédito. Era más que suficiente para instalarse en cualquier hotel barato del estado por una semana. De repente supo dónde tenía que ir ¡Era claro! Sus nervios no lo habían dejado pensar. Un poco más tranquilo y con un atisbo de plan de acción, pisó el acelerador y fue buscando la ruta a Ciudad Capital. A mitad de camino tomaría una salida a la izquierda que conocía muy bien y en un par de horas estaría en el Hotel del Ruiseñor, propiedad de su amigo, el Rey de Tréboles.

XI

Mientras el Jack de Diamantes partía en su automóvil con una bolsa de dinero en el asiento del acompañante hacia cierto callejón del centro de la ciudad, la Reina de Diamantes hacía una nueva llamada telefónica. Esta vez, quería cerciorarse que el viaje de negocios que había emprendido su esposo no sufriera ninguna modificación de agenda y durara como estaba previsto una semana más. Así fue, por suerte. No quiso contarle nada de lo que ocurría hasta que el problema estuviera controlado y pudiera llevarlo a la prensa, porque de otra forma significaría meterlo también en problemas sabiendo que lo primero que haría el hombre sería tomarse un avión hacia ella. Luego se obligó a sentarse y pensar con tranquilidad en sus posibilidades y en los pasos a seguir. Una vez armada su estrategia se felicitó por haber actuado tan rápidamente llamando al Rey de Corazones. Luego comenzó a preocuparse por estar sola en su departamento: si bien había tomado todas las medidas posibles para que no se supiera que ese lugar le pertenecía y rara vez lo frecuentaba, consideró muy poco probable que la policía no estuviera ya en conocimiento del mismo. ¿Qué harían sus potenciales asesinos? ¿Adelantarían el trabajo confiando en que la nota estuviera en su poder y pudieran recuperarla o arriesgándose a que no fuera así? ¿Intentarían hacerse con el documento por otros medios? ¿Qué tanto sabían en ese momento? ¿Qué tan seguro estaba su primo? Llegó a la conclusión de que estaba perdiendo el tiempo sin actuar y que lo único que podía hacer era poner su plan en marcha, esperando que todo se resolviera en su

beneficio pero sabiendo que podía no ser así.

Era hora de ponerse en marcha. Envió una copia del documento conspirativo por fax a dos conocidos en los que pensaba que podía confiar con una breve explicación de lo que sucedía y una serie de instrucciones. Si su asistente veía el mensaje rápidamente, en veinte minutos su chofer debía estar en la puerta del departamento. Juntó el último dinero que quedaba en la caja fuerte y lo metió en un bolso junto con una muda de ropa. Dejó la nota original escondida bajo algunas tablas flojas del piso y aguardó apenas asomada a la ventana que daba a la calle a que llegara su transporte. Treinta angustiantes minutos después bajaba a paso vivo los tres pisos de escalera que la separaban de la calle. Le indicó al muchacho que la llevara al aeropuerto lo más rápidamente posible.

Capítulo 5

Armando el juego

El As de diamantes, muy seguro de sí mismo pero a la vez más ciego que nunca, había puesto a funcionar un mecanismo que se volvería en su contra en cualquier momento

El Rey de Diamantes, su más peligroso rival, intentaba encontrar su rumbo y en medio de la miseria de la ciudad con la vista puesta en un horizonte de éxitos y condecoraciones pero mirando de reojo a la posibilidad de una muerte rápida.

El Jack de tréboles pensaba que, como siempre en su vida, parecía tener mucho para ganar y nada para perder. Tenía razón.

La Reina de corazones, que cada noche se deslizaba bajo las sábanas del obeso capo mafia de la industria maderera y no salía nunca de las sombras, había comenzado a utilizar sus encantos y formas femeninas para, entre otras cosas, hacerse dueña de lo único que su amante no le dejaba tocar: sus negocios.

El Jack de corazones, sabueso y empelado fiel e incondicional del As de Diamantes, había encontrado en la Reina de corazones la primera condición. Fue el primero en caer en la red de esa mujer araña.

La Reina de picas, sádica y monstruosa mujer a quien cada asesinato que le encargaban significaba un desafío y placer tales que no eran igualados ni siquiera por las altísimas sumas de dinero que cobraba por cada uno, tenía en sus manos el trabajo más importante de su vida. Había asesinado ya junto con su esposo muchos policías de diferentes rangos y aptitudes, pero esta vez el Jack de corazones le había encargado la muerte del As de Diamantes.

Quien también tenía mucho para ganar era el As de tréboles, pero de pronto, y por un llamado del As de picas, veía tambalear su posibilidad de ganar la elección, de mantener sus negocios, de sostener su imagen pulcra y de ser libre como hasta ahora para hacer y deshacer a su antojo. Incluso, claro está, pensaba en la posibilidad (es ridículo, ¿O no?) de que terminara recluido en una cárcel. Antes de eso, se mataría.

La Reina de Diamantes, por su parte, intentaba actuar lo más rápidamente posible para intentar salvar su vida. Esto le llevaría, si jugaba bien su mano, a un segundo gran cambio en su vida. Para esto había viajado, sin escalas y sin aviso, en el primer vuelo disponible, a la ciudad de su rival y potencial verdugo. ¿Qué quería hacer allí?

Desenmascarar al impostor frente a su (electorado) pueblo.

El Rey de corazones, que hacía algunos años había sido la última referencia de la anterior vida de la alcaldesa de Ciudad Del Este y su primer pareja más o menos estable, en este momento sólo quería volver a dormir, pero tenía una tarea bien paga que cumplir. Para sus habilidades era algo simple, pero no por eso no debía poner sus cinco sentidos y estar muy alerta a lo que podía ocurrir. El encargo parecía complicado pero era algo que había hecho millones de veces. Su antigua novia le había pedido limpiarle el camino en el aeropuerto. Debía identificar y neutralizar como fuera a cualquiera que intentara evitar su viaje. En una hora esperaba estar acostado de nuevo. Desconectaría el teléfono, por supuesto.

El Rey de Tréboles recibió al Jack de Diamantes en su hotel sólo un par de días antes de que el caso estallara en los medios. Después de mucho tiempo de no haber tenido contacto con su viejo amigo lo trató con deferencia y camaradería. Lo alojó gratuitamente y no hizo preguntas sobre por qué no dejó la habitación en ningún momento ni sobre sus esporádicos llamados desde la recepción que al parecer no tenían respuesta. Tampoco se interesó (ni se asombró) cuando su huésped dejó el hotel abruptamente apenas la noticia de la denuncia que la Reina de Diamantes contra el As de Tréboles y el As de Picas ocupó la primera plana de los periódicos de la tarde y apareció en todos los canales de noticias del país. Simplemente pensó, con mucha lógica, que un periodista como él no iba a querer perderse de estar presente en semejante lío. Después de todo ¿Quién era él para meterse en asuntos ajenos? Él era un hombre simple o al menos intentaba serlo. Su ex esposa, la Reina de Tréboles, ésa sí que era una vieja entrometida. Menos mal que no pensaba verla nunca más.

Capítulo 6

Segunda apuesta

Estos son los hechos, según me los han contado, de lo que ocurrió hace algunos años ya en las dos principales ciudades del estado y que llevaron a que las figuras más importantes cambiaran para siempre su rol en la sociedad. Tengo poco tiempo para contar en detalle cómo fue ocurriendo el desenlace de todo, pero intentaré no dejar cabos sueltos. Además, la mayor parte es sabida.

El As de Diamantes, otrora influyente empresario e importante delincuente de la ciudad capital, encontró la muerte de una forma por demás horrorosa. Alguien lo había atado a un tablón de madera y lo había cortado al medio con una sierra circular en el mismo taller donde fabricara sus mesas de más alta calidad. El asesino se había tomado el trabajo de dividir esas mitades en dos, y luego en cuatro, y luego en ocho. Los dieciséis pedazos de una de las cartas más altas del juego de poder de la Ciudad Capital fueron repartidos a otros tantos mercaderes de la droga junto con un saludo cordial de la Reina de Corazones y su formal invitación a seguirla en su nuevo plan de negocios. Todos aceptaron, claro está.

El Rey de Diamantes no pudo atrapar a su pez gordo pero en cambio recibió de la nueva dueña de la ciudad un trato preferencial y por demás cariñoso por unos años. Cuando la mujer se cansó de jugar con el policía, éste se vio forzado a cambiar las noches de pasión por madrugadas de bebida. Nunca la pudo olvidar y aun al día de hoy, sentado en la barra del Póker Bar, cuenta a quien quiera escuchar que él conoce a esa mujer poderosa y cada tanto mira de reojo al rincón donde la vio por primera vez.

El As del Tréboles y el As de Picas no pudieron escapar al juicio y, para peor, su debilidad fue aprovechada por algunos para agregar a la denuncia de la alcaldesa otras tan malas o peores. Fueron finalmente condenados en el juicio más famoso de los últimos cincuenta años y bueno, todos saben que el ex candidato a gobernador no lo pudo soportar y se abrió un hueco en la cabeza con el arma de uno de los guardias que lo trasladaban desde la corte hasta la cárcel del estado. Vaya si fue ésa una semana movida.

El Jack de Tréboles y el Jack de Picas entraron en contacto por culpa de lo vivido junto al rey de Corazones e hicieron buenas migas de inmediato. Al día de hoy controlan una red de contrabando de lo más variopinta y no encuentran techo a sus aspiraciones. Eso sí, lejos de la ciudad de la Reina de Corazones. Estúpidos no son. Milena, la prostituta que casi asesina al

detective, parece haber encontrado junto al Jack de Picas al amor que siempre había buscado. Él nunca volvió a golpearla. Cosas de la vida.

Capítulo 7

Así es el juego

La Reina de Corazones ahora ama la exposición y odia estar en las sombras. Le gusta aparecer en cuanta fiesta o reunión social de la elite de la ciudad haya y ella misma ofrece algunas de las mejores galas. Esta noche, por ejemplo, está sentada a la mesa central de un evento de beneficencia que organizó y conversa animadamente con la Gobernadora del estado, la Reina de Diamantes, quien llegó hace algunos minutos. La Reina de Tréboles sorteó todos sus posibles problemas con el Rey de Diamantes y mantiene su negocio activo como siempre. Extraña al policía, era de sus mejores clientes. Algún día le pedirá perdón por lo que quiso hacer y se justificará diciendo que la recompensa sobre su cabeza era muy jugosa. Pero eso es algo para otro momento. Ahora se acerca a la mesa de las reinas y cambia saludos con ambas. Unos minutos después deja con disimulo en la mano de la gobernadora una tarjeta especial, de las que da a sus mejores clientes, para que disfrute de los servicios de sus chicas cuando lo desee a precio especial. Oh, sí, la madama estuvo haciendo la tarea y sabe más que muchos. La Reina de Picas, mientras tanto, se acerca a paso lento y seguro a las damas, luciendo esplendorosa en un vestido tan negro como la noche pero no tanto como su alma y las invita a tomar un champagne. ¿Por qué no? Todas tienen motivos para brindar y reír esa noche y el resto de sus vidas.

Yo mismo, desde una punta del mismo salón, me pregunto en qué puede terminar esa pequeña reunión y me encuentro sonriendo divertido. Después de todo me gusta pensar que algo tuve que ver con cómo se dio este juego. No fue mucho lo que hice, pero sí suficiente: di aviso al As de Diamantes del golpe a una maderera, rompí la cerradura de la habitación 21 de cierto burdel e hice pasar a un periodista a la oficina de mi jefe (¡Cómo se enojó el capitán, por favor!). Ser el As de Corazones es un trabajo arduo pero reconfortante y divertido. Además, siempre gano. Bueno, una sola vez, hace muchísimos años, recuerdo haber perdido una partida contra el tipo más aburrido de todos pero ahora me dedico, desde las sombras de los barrios bajos de la creación, a repartir las cartas y armar los juegos. Y déjenme decirles una última cosa: no importa lo que lean por ahí, ningún juego le gana a un póker de reinas.